

CARLOS VELÁZQUEZ
JERSEY

KARLA ZÁRATE
EL AÑO POR EL CAÑO

ALFREDO PADILLA
ENTREVISTA CON NAELA FLORES

NÚM. 432 SÁBADO 06.01.24

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

MUJERES Y LETRAS: "Y YA LA MUERTE NO TENDRÁ DOMINIO"

CLYO MENDOZA

LA TORMENTA
INTERIOR DE
EMILY BRONTË
MARÍA JOSÉ NAVIA

DOS POEMAS
LAURA ITZEL DOMART

CINCO AUTORES
JÓVENES
GUILLERMO FADANELLI



Fuente > NGvozdeva / shutterstock.com

Existe algo que emparenta la amistad con la muerte: su misterio es igual de insondable. Decía Maurice Blanchot que no se puede hablar de los amigos, sólo hablarles. Y es lo que hace Clio Mendoza en este ensayo: inicia con su devoción por Dylan Thomas —cuyo 70 aniversario luctuoso ocurrió en noviembre—, para luego dirigirse a su amigo, Bruno Darío, poeta que idolatraba al británico y quien también abandonó nuestro plano. Estas letras habitan los límites de la experiencia, de los afectos atemporales. Aquí, poesía y liturgia forman una sola dimensión, donde el fervor de los que aman es el mismo de los que son conscientes de su finitud. Vivir, realmente, no puede ser de otra manera.



"Y YA LA MUERTE NO TENDRÁ DOMINIO"

CLYO MENDOZA

He empezado este texto pensando en todo lo que académicamente podría decirse de Dylan Thomas: las dificultades que los traductores encuentran al momento de trabajar su obra por la variedad de los ritmos métricos o la multiplicidad de significados que hay en sus metáforas y en sus símbolos. Hablar sobre el hecho de que sus primeros críticos lo consideraban un ebrio que hacía inteligible su delirio. Decir lo mucho que lo influyó la biblia, la letanía, el sermón, la visceralidad religiosa. Pero no quiero hablar de eso.

I

La verdad es que lo que más atesoro de Dylan Thomas fue que no lo conocí cuando lo leí, sino hasta la primera vez que lo escuché leer su propia poesía. Me deslumbró su intuición musical, envidié su oído. Invitaba a ser leído en voz alta. Hacerlo, primero en soledad, fue como escuchar una canción dolorosa en la adolescencia, regodearse en esa congoja y repetirla, repetirla en bucle, hasta el

cansancio frente a la irritabilidad de una madre para quien aquello era francamente incomprensible.

Para mí, leer en voz alta había sido, salvo por el público cautivo (que termina por dormirse) o por los borrachos entusiastas de la poesía, una actividad casi siempre solitaria. Me daba un poco de vergüenza, antes, leer con arrebatos los poemas de Dylan Thomas como una adolescente tardía o una loca solemne. Dejé de hacerlo, pero edité con su voz algunos audios. La puse sobre el ruido de las cosas, sobre el bullicio de un país extraño, la voz de un amante, las campanadas que anuncian la hora, la voz de Lhasa de Sela, las trompetas de la versión de "Esclavo y amo", de Javier Solís, sobre un ladrerío de perros, sobre el sonido de vasijas de agua que se vacían. *Collages sonoros*, les llaman los que obedecen al síndrome de nombrar las cosas. No sé quién lo dijo o dónde lo leí: "Los hombres nombran para evitar su temor a la muerte". Bueno, para mí, jugar con la voz de Dylan Thomas era también un pretexto perfecto para seguir peleando contra la muerte, para mitigar ese

silencio que uno intenta apaciguar cuando habla consigo mismo. Para escuchar en bucle y de manera justificada: *And death shall have no dominion*, para versi de ese modo, el verso se hacía cierto.

II

Pero no. Lo he meditado mejor. Lo que realmente atesoro, lo que más guardo de Dylan Thomas son las noches en las que mi amigo Bruno Darío y yo nos reuníamos en su azotea y nos recitábamos múltiples versiones de sus poemas en distintas traducciones, mientras nos emborrachábamos. Si yo no llevaba mezcal, él sacaba su ginebra barata.

Creo que hasta que lo conocí, nunca había tenido una amistad en la que adularáramos la poesía de las y los otros y les dedicáramos horas enteras de nuestro tiempo repasando meticulosamente lo que ellas y ellos habían sabido hacer tan bien. Mejor que nosotros, sin duda.

No es que al inicio Bruno me hubiera caído muy bien, la verdad es que durante varios años me pareció un personaje

Fuente > facebook.com

DIRECTORIO

El Cultural

[Suplemento de La Razón]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega
Fundador

Julia Santibáñez
Directora
@JSantibanez00

Natalia Durand
Editora
@mujerzog

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 15

demasiado chocante, pensaba que su irreverencia era una máscara y que su devoción por la poesía era parte del disfraz. Me molestaba su excesiva cercanía, su confianza antinatural. Su falta de miedo a la muerte. Era, o más bien, se fue volviendo como Dylan Thomas, un ebrio que hacía inteligible su delirio. Un muchacho, supe luego, que no es que no temiera morir, pero vivía en constante peligro de hacerlo, vivía al día y, cada instante, de manera muy intensa. Era capaz de acercarse a un desconocido y después contar que se había hecho amigo de un vagabundo, de una estrella de cine, de un millonario. Él no temía, como yo, a la proximidad. Y quizás de alguna manera algo en mi mente asoció por eso y para siempre a Bruno Darío con Dylan Thomas. Una manera apasionada, radicalmente viva, me doy cuenta ahora, de la que yo huía, porque las veces que yo la había ejecutado, siempre me ponía a mirar a los ojos a la muerte. Pero no hay otra manera de vivir, de amar, no, no hay otra manera, me digo, porque ahora miro mi vientre y en mi vientre hay alguien y, ¿qué opinas, Bruno-Dylan Thomas? No hay otra manera de enfrentar esto si no es estando vehementemente viva, ¿cierto? No dejando que la muerte tenga dominio.

Llego a la conclusión de que es muy probable que los artistas que más queramos, si lo pensamos bien, estén asociados a personas que fueron importantes para nosotros: sólo así la admiración se vuelve afecto.

III

La luz irrumpe donde no brilla sol alguno y yo despierto exhausta de ese sueño sombrío. Una ráfaga de luz, como un incendio, se come toda la habitación minutos antes de que un ropero me caiga encima. Pero antes, al comienzo del sueño, estoy parada en una habitación habanera de muebles descascarados y cortinas raídas, la pintura es gris o se ha caído de los muros. Estoy buscando a Bruno aunque sé que ha muerto y, justo cuando esa certidumbre me atraviesa como una certeza venida de la realidad objetiva, los muebles empiezan a arrojarse sobre mí y grito su nombre. Antes de despertar alcanzo a escuchar que alguien se ríe. Y de alguna manera la pesadilla se vuelve una broma y sé que él está divertido de ser, por fin, omnisciente. Que él está detrás de todo esto.

Antes, bastante antes, antes de que pudiera quedarme dormida, un amigo llamó para decirme: se fue esta tarde, no, no ha sufrido, murió en su cama, tranquilo, rodeado de sus amigos. No estuviste aquí, sé que se habían distanciado, pero te dejó saludos.

IV

Cuando Bruno empezó a tener dislalia porque un tumor del tamaño de una manzana le apretaba el cerebro, empezó a escribir sus errores. Se burlaba de sí mismo. Escribía "robamos" en

lugar de "borramos", decía "concreto" en lugar de "secreto". Ese tumor exacerbaba su *performance* cuando leía. Cansado y burlón de sus fallas de dicción, de su pierna inmóvil, me decía cerrando el puño: mi tumor es de este tamaño. No era una lectura incorrecta, no. *Hold hard, these ancient minutes*. Todo parecía hecho para ese momento. *Under the skysigns they who have no arms / have cleanest hands...* de este tamaño, me decía, y se ponía el puño en la frente.

V

La ambigüedad significativa en la obra de Dylan Thomas hace que cualquiera de sus poemas no se pueda contar como una unidad: lo múltiple que cabe dentro hace que, con cada lectura, su obra se renueve. Sus traductores, como dije, no atinan a elegir las palabras definitivas. ¿Cómo traducir las palabras de un acto litúrgico, ceremonial? ¿Cómo traducir la invocación, la elegía? *Aunque los amantes se pierdan, el amor no: y ya la muerte no tendrá dominio*. Por favor, Bruno, por favor, muertos del mundo: que la sentencia sea definitiva.

VI

Estoy sentada en una sala de espera. Veo llegar un rostro conocido, trato de ocultarme, pero no funciona. Él se sienta junto a mí. Trae un libro en la mano.

No sabía que te gustaba Dylan Thomas, Bruno, yo pensé que sólo leías a Bukowski.

Bruno me mira desde el otro lado de la mesa y se levanta, indignado. Las coincidencias me han reunido con mi némesis en el enorme aeropuerto de la Ciudad de México. Ambos iremos a La Habana en el mismo vuelo. Unos minutos más tarde, Bruno vuelve con una dona caliente del Krispy Kreme y me dice: es para ti. Aunque ahora no lo sepas, vas a extrañar estas cochinadas en Cuba. Voy un mes, él va una semana. Por primera vez, Bruno me hace reír. Me gustaba que fuera así: alguien a quien se le puede hablar francamente, molestarle incluso, y de quien siempre se podía esperar la respuesta más astuta o la más insólita.

Brindamos desde nuestros asientos distantes con un ron y cuando llegamos a La Habana hicimos mancuerna, tragando más ron pero en Tetra Pak y admirando la belleza raída de ese país que merece más, mucho más de lo que le han obligado a tener.

Todavía no se ha ubicado en la ciudad pero Bruno ya camina seguro de

**"AUNQUE LOS AMANTES SE PIERDAN,
EL AMOR NO: Y YA LA MUERTE NO
TENDRÁ DOMINIO. POR FAVOR, BRUNO,
POR FAVOR, MUERTOS DEL MUNDO:
QUE LA SENTENCIA SEA DEFINITIVA".**



Disco en el que Dylan Thomas lee sus poemas, entre ellos "And Death Shall Have No Dominion", 1957.

sí mismo hasta la Avenida de los Presidentes; en la misma banca donde los saludó años antes, se encuentra con sus amigos habaneros, que están sentados ahí como si nunca se movieran, esperando a Bruno, que a la menor provocación recitará poemas delirantes, suyos o de Dylan Thomas, con el don de no aburrir a nadie, empujando su ron en cajita de leche.

VII

Dylan Thomas se volvió para nosotros, como la música de The Durutti Column, un himno. Nos reuníamos en la azotea que Bruno llamaba *su barquito*, para escuchar durante horas la voz de Vini Reilly, luego pasábamos a leer a Dylan Thomas y, en la ebriedad, Bruno, Vini y Dylan eran el mismo. Entonces Bruno todavía no tenía la pierna dormida y el tumor no tenía el tamaño de una manzana. Sentíamos que la vida era toda para nosotros. Hablábamos de la verdadera columna Durutti, de guerrillas y milicias populares que defendían ideales anarquistas, que luchaban por la libertad con acciones imposibles. Hablábamos de los Situacionistas, nos mecíamos en la hamaca deseando ser valientes como un guerrillero perdido en la selva. Hablar de todo eso y leer nuestros poemas favoritos nos insuflaba de una devoción extraña hacia la vida y al mismo tiempo queríamos inmolarlos, por toda esa poesía, por la visión de un mundo donde la muerte no tuviera dominio, donde no existieran las fronteras y donde los niños crecieran con una infancia hecha sólo de retazos idílicos, como los pocos que atesorábamos nosotros: un caballo corriendo y sudando sobre un pastizal, una ciudad llena de albergues. Cuando terminaba la charla *llevábamos un mundo nuevo en nuestros corazones*.

Yo volvía a casa deseando que mi amigo no muriera nunca, para poder hacernos viejos brindando por las esperanzas renovadas que sostendríamos desde tiempos que para entonces serían inmemoriales, para poder seguir leyendo con el mismo fervor a Dylan Thomas.

VIII

Bruno me contó que cuando era adolescente vivía en Argentina. Me había dicho que a los 18 años le habían abierto la cabeza para sacarle un tumor que ocupaba un enorme lugar y que desde entonces le habían advertido que podía morir joven. Cuando me lo dijo no pensé que él pudiera vulnerarse frente a la muerte, así que no reparé en que mi amigo era mortal. Recuerdo entonces cuando caí en cuenta de que por eso Bruno era tan irreverente, que eso había sido lo que me había molestado de él en nuestros primeros encuentros: su arrojo. Como el arrojo de Dylan Thomas al decir que se había tomado 18 whiskies, me contaría Bruno.

Straight whiskies, una frase también de traducción ambivalente, que la novia de Thomas interpretó como: 18 whiskies, uno tras otro, sin refresco o hielo que apaciguara los tragos. Después, cuando el poeta empezó a desfallecer, ella no dudó de que se trataría de un problema etílico, así que llamó a su doctor, un médico conocido por atender celebridades, quien decidió recetarle morfina, una inyección tras otra, para apaciguar la resaca. Poco después, Dylan Thomas entraba en coma. Los médicos descubrían demasiado tarde una bronconeumonía agravada y un hermoso cerebro muerto por falta de oxígeno.

La novia se preguntaría, muy tarde también, si acaso esos 18 whiskies no habían sido mentira, una parte del delirio.

IX

Una particularidad que los críticos discuten en la obra de Dylan Thomas es la dualidad que se disputan Eros y Tánatos. La pulsión entre vida y muerte. La plenitud, la satisfacción y la culminación que se viven en el cuerpo. Cuando el cáncer de Bruno regresó, fue él quien se volvió todavía más salvaje. Y lo digo quizás como un halago, aunque entonces no lo haya entendido así: su irreverencia ya no tenía límites. Yo no podía entender cómo era capaz de beber de esa manera desmesurada sabiendo que su cerebro quedaba aún más apretado dentro de su cráneo.

“VOY A SER MADRE, BRUNO, NO PODRÍA EMBORRACHARME CONTIGO, PERO ME GUSTARÍA DECIRTE QUE CREO QUE POR FIN (¡POR FIN!) HE ENTENDIDO ESA LÍNEA DE DYLAN THOMAS”.

Todavía ahí quise seguirlo acompañando. Un día me propuso ayudarlo con su muerte, una muerte digna. El inicio de ese cáncer duró meses. Pensábamos en la forma más amable de morir, una muerte dulce. Y se nos escapaba, entre lecturas repetidas, desquiciantes de *And death shall have no dominion*, que la eutanasia en este país se toma como asesinato. Y que, de ayudarlo, yo sería su asesina. Oía sus soluciones porque, en el fondo de mí, todavía no he aceptado que Bruno ha muerto, y en ese entonces tampoco aceptaba que Bruno moriría.

Pero todo cambió un día, poco antes de la operación que le daría unos meses más de vida, la noche que tomé un taxi hacia su casa y el chofer que conducía me dijo de la nada: Mire, yo conduzco desde hace más de dos decenas de años sin tener piernas. Señalaba el fondo oscuro en el que se debían esconder sus extremidades, supongo que de palo. Busqué, atónita, ese lugar en penumbra. ¿Adónde va? Me preguntó. A ver a mi amigo, le dije, tiene cáncer. Hasta ese día no había podido articular esa sentencia. El hombre volteó a verme. ¿Es joven su amigo? Sí, es joven, de mi edad. Hasta ese día no había asociado la juventud de Bruno con la mía y por tanto no había caído en cuenta de mi propia mortalidad.

Sentí que el taxi era una caja oscurísima de la que no podría salir nunca, abrí las ventanas, no entraba el aire, quise gritar pero no salió grito alguno. Antes de que me avasallara el pánico habíamos llegado. El taxista me dijo alguna palabra hermosa, algo que significó algún consuelo, y me dejó ahí, afuera del barco pirata de Bruno Darío, donde por fin pude llorar, donde lloré antes de que él abriera la puerta. De modo que así se termina, me pregunté. Así que entonces ya nunca podré leer junto a alguien a Dylan Thomas y junto a nadie volveré

a sentir esa angustia y ese goce, y no envidiaré de nuevo a nadie que haya muerto ya, porque siempre, inevitablemente, cada vez que me acerque a esa sensación pensaré en Bruno y temeré a la muerte.

X

Bruno Darío, voy a ser madre. Voy a ser madre y me gustaría que la muerte no tuviera dominio. Me gustaría que celebraras conmigo este terror y esta alegría. Por eso prefiero dejarte ginebra en el altar, para que no me asustes, mezcal también. Mezcal del bueno, ginebra de la rica, al lado de esa foto que te tomé en La Habana, en la que estás parado en unas escaleras junto a una ventana destartalada que tiene un letrero que dice: *si me abres, me rompo*.

No sé si los muertos tienen memoria, pero en todo caso, ¿recuerdas si iba contigo el día que conseguí la traducción cubana de Dylan Thomas? Es la selección que él mismo hizo y a la que su amigo Vernon Watkins agregó el poema “Elegía”. Fue impreso en la calle O’Reilly, en La Habana, sí, como el apellido de Vini, Vini Reilly, nuestro ídolo musical. Estoy segura de que iba contigo cuando lo encontré. Seguro fue el día que nos quedamos afuera de la casa que rentabas, cuando olvidamos el ron adentro. Era el lugar donde habían asesinado a unos estudiantes, casi niños, hacía mucho tiempo. La casa tenía su plaquita en la planta baja, para conmemorar a los mártires. Y esa noche, ¿recuerdas? Desesperado por el ron que estaba en la casa, tocaste como loco el timbre, aunque sabías que estaba vacía, pero bromeando me dijiste que querías saber si alguien te abriría. Así eras tú, te parecía posible cualquier cosa. Y curiosamente, terriblemente, el timbre se tocó solo el resto del tiempo que esperamos, estupefactos. Decidimos irnos y cuando llegamos al final del pasillo, el timbre dejó de sonar.

Nos espantaron en la casa de los mártires, Bruno, y yo voy a vivir con la angustia que da tener un recuerdo que ya no se comparte con nadie. ¿A quién le preguntaré ahora si fue real, Bruno? ¿A quién voy a preguntarle si era verdad que esa noche en que supe que morirías, un taxista sin piernas me llevó hasta tu casa? Voy a ser madre, Bruno, no podría emborracharme contigo, pero me gustaría decirte que creo que por fin (¡por fin!) he entendido esa línea de Dylan Thomas: *The force that through the green fuse drives the flower*. Creo que apenas ahora comprendo algo que tú entendiste primero en un proceso opuesto al de gestar, aunque quizás morir y engendrar sean parecidos. Tal vez morir es gestarse a uno mismo, de alguna manera, ¿no es cierto, Bruno? Y cuando me hablabas de esa mujer de tu poemario que en su tumba encontraba un reposo uterino, algo así me querías decir. Creo que estarías feliz y celoso si pudiera hablar contigo ahora. Me dirías: *la fuerza que a través del tallo verde impulsa a la flor* era esto, ¿lo ves ahora? ▣

CLYO MENDOZA

(Oaxaca, 1993), ha escrito los poemarios *Anamnesis* (2016) y *Silencio* (2018), así como una novela, *Furia* (2021), considerada por la crítica “un *Pedro Páramo* del siglo XXI”.



Fuente > Athanasia Nomikou / shutterstock.com

Es una figura rara en el panteón de escritoras; publicó una sola y enigmática novela. Emily Brontë fue parte de una familia literaria donde la muerte llegó muy pronto. Se sabe poco de ella. A poco más de 175 años de su partida, la escritora chilena María José Navia se propone rastrear el interés que ha generado hasta hoy, los espacios que ha abierto a la imaginación. Para ella, Cumbres Borrascosas es el mejor de los regalos, porque nunca sabemos con certeza qué nos trae: una casa que esconde fantasmas y, quizás, también un corazón.

LA TORMENTA INTERIOR DE EMILY BRONTË

MARÍA JOSÉ NAVIA

@mjnavia

Llegué a la vez temprano y tarde a su obra. Mi abuela materna, que es culpable, junto a mi abuelo paterno, de que yo sea escritora, me lo regaló cuando cumplí 15 años. Me dijo que era de los libros que más la habían impactado. Nada más. Era raro: ella nunca hablaba de libros ni mucho menos los regalaba, pero éste había sido especial y yo tenía que leerlo al cumplir 15. No le hice caso. Era una edición de bolsillo fea, con la carátula de la película protagonizada por Ralph Fiennes y Juliette Binoche, y ahí se quedó entre mis otros volúmenes, sin que le prestara mucha atención.

Pero los buenos libros son pacientes. Casi 10 años después me tocó leer *Cumbres Borrascosas*, ahora en su versión en inglés, *Wuthering Heights*, durante los años de mi maestría en NYU. La experiencia me atravesó. No podía creerlo. Quizás porque al fin podía leerla en su idioma original, o porque, en medio de otros clásicos asignados para el curso, éste destacaba como un objeto proveniente de otro planeta. Un libro alien. Volví a leer la novela en 2017, luego de que Rodrigo Fresán le dedicara la segunda sección de su novela *La parte soñada* a introducirse en las profundidades de Brontë. Uno de los personajes del argentino, Penélope, es una escritora *best seller* que se obsesiona y se refugia en esa novela del siglo XIX. La historia de Fresán hace que volvamos a pasar por esa puerta junto a Lockwood (se trata de una "ficción inmobiliaria", como la denomina el autor, en la que un extraño llega a una casa y allí encuentra una historia); provoca que volvamos a leer y deslumbramos. Cuento esto porque siempre se llega a una autora desde la vida y la experiencia. Margo Glantz comenta en *Un texto encuentra un cuerpo*, colección de ensayos sobre la lectura, publicado por la

“NO PODER CONTEMPLAR FLORES DE SU TIERRA SUSCITABA EN ELLA UNA PASIÓN TAN DOLOROSA COMO LA QUE LA MAYORÍA DE LAS MUJERES RESERVAN A SUS AMANTES”.

editorial Ampersand, que eso es precisamente leer: hacerlo con la vida entera. Así empiezan las curiosidades. Desde el amor y el deslumbramiento.

Así me pasó con Emily Brontë. Me sigue pasando cada vez que vuelvo a ella. Y *Cumbres Borrascosas*, de muchas y muy intensas maneras, es una novela sobre volver. Y ahora que apenas se cumplieron 175 años de su muerte es tiempo (siempre es tiempo, en realidad) de volver a ella. Para ver si al golpear en esa puerta (o ventana), nos dejan entrar.

EMILY ERA LA MÁS RARA de una familia de escritores, que tal vez es como decir que era la más rara en una familia de raros. Fue una de las primeras fami-

lias literarias. Todos murieron bastante jóvenes y le tocó al padre, Patrick, un clérigo viudo, hacerse cargo del legado de sus hijos. O bien, de sus hijas, ya que Branwell, el único hombre, resultó ser una gran decepción (consumido por el alcohol y las malas decisiones). Dos de las chicas, Maria y Elizabeth, fallecieron durante brotes de enfermedades en la escuela donde estudiaban (lo que inspiró las atrocidades que sufren las estudiantes en *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë); luego, ya de adultos (aunque ni tanto) fallecieron Branwell, Emily, Charlotte y Anne.

Como lo narra una de las biografías de la escritora nacida en Thornton,

Reino Unido, en el año 1818, la muerte de sus dos hermanas y de su madre no la afectaron tanto. Dice que su conexión era, en cambio, con la naturaleza. Que “las opiniones y los sentimientos de Emily sorprenden por su vehemencia y su intensidad. Hasta el hecho de no poder contemplar flores de su tierra suscitaba en ella una pasión tan dolorosa como la que la mayoría de las mujeres reservan a sus amantes”. Esto ha hecho a muchos pensar su única novela, *Cumbres Borrascosas*, como una historia sobre la naturaleza, e imaginar a sus personajes principales, Cathy y Heathcliff, corriendo por los páramos, cuando en realidad es muy escasa la descripción de lo natural y hay sólo tres momentos en los cuales éstos se encuentran en el exterior. La tormenta apasionada remece la casa en esta historia de interiores, como un tornado que crece desde dentro para volarlo todo, en una suerte de versión alterada de *El mago de Oz*.

La casa de los Brontë dio a luz (y a oscuridad) a tres grandes escritoras de espacios cerrados y atrapantes, de personajes masculinos tempestuosos y protagonistas femeninas atrevidas, embargadas por el delirio. Pero antes de Emily Brontë hubo un Ellis Bell, el seudónimo que usó junto a sus hermanas ahora convertidas en ese nuevo apellido de misma inicial (ellas se llamaron Curris y Acton Bell), para poder publicar sus obras. Imagino que el disfraz no le molestó. Escribía libros pequeños para que pudieran leer los soldados de su hermano Branwell y dicen que murió de pena tres meses después que él, ambos en 1848.

Emily Brontë publicó una sola obra y la crítica no pudo entenderla. Lo dije ya: un libro alien. En la reciente película *Emily* (Frances O'Connor, 2022), que imagina la vida de la escritora, todo comienza con ella desvaneciéndose frente a su hermana Charlotte quien, mientras la cuida, le pregunta con hondo rencor cuál es el secreto de su novela. Que hay allí algo oculto, oscuro; que cómo lo hizo.

Más adelante en la cinta, la cual avanza de manera cronológica, Charlotte grita violentamente al entregarle



Emily Brontë
from a painting of a family group by Branwell Brontë.

Emily Brontë (1818-1848), en un retrato hecho por su hermano Branwell.

Fuente: Lebrecht Music and Arts Photo Library

a Emily su manuscrito, ése que la vimos escribir escena tras escena, después de que alguien le rompiera el corazón. La actriz Emma Mackey hace un buen papel de la autora de *Cumbres Borrascosas* (aunque a ratos parece estar interpretando a otra literata extraña e inusual, también devorada por su espacio privado: la estadounidense Emily Dickinson). Pero la película falla, creo, al insistir en que lo que la autora escribía provenía de experiencias personales. De alguna manera, con eso se le quita el poder a su talento e imaginación. Como si los escritores, y especialmente las escritoras, sólo pudiéramos escribir de lo que nos pasa.

A veces pienso que somos las hijas (nietas, bisnietas) de esas escritoras que no tuvieron hijos. Que encontramos en esos libros raros una genealogía y un universo. Personajes que no calzan del todo. En la película, Charlotte increpa a Emily diciéndole que su novela es sobre gente a la que no le importa nadie más que ellos mismos. Rodrigo Fresán alude a los personajes de *Cumbres Borrascosas* como vampirizados. Una casa en la que, a diferencia de lo que sucede con *Jane Eyre* y la mujer del ático, Bertha Mason, todos están locos.

Yo creo que Emily Brontë nos dio una casa propia en la cual estar inquietas. Una casa para despertar y no para dormir, que recibe a quien entra con todo el peso de una historia de fantasmas. Una historia que creíamos saber (por las películas y las referencias pop) pero que, al leerla por primera vez, y el resto de las veces que sea necesario, nos damos cuenta de que es tanto, pero tanto más. Una historia oscura de todo lo oscuro que podemos ser, con personajes raros que no tienen que entenderse para ser leídos con voracidad. Personajes inexplicables pero seducidos por el poder de un relato. El que ellos y otros cuentan sobre sí mismos. Sí, de fondo está la historia de amor. O quizás ni siquiera de fondo, es otro fantasma que a veces se acerca a la ventana para ver qué tal nos va o, tal vez, para ver si lo dejamos entrar.

A TODA LA FAMILIA BRONTË la marcó la lectura. O, como escribe Winifred Gérin en la biografía *Emily Brontë* (publicada en español por Atalanta): "La lectura les sobrevino como una epidemia: en cuanto uno de ellos aprendía a leer, se infectaban los demás". Me parece un elemento importante para adentrarnos en esta casa. Una familia infectada por los libros. La presencia de ellos también la destaca Deborah Lutz en su obra *El gabinete de las hermanas Brontë*, donde las lee a través de nueve objetos que marcaron sus vidas: los libros diminutos, el pelapapas, todo lo relacionado con caminar, las mascotas, las cartas fugitivas, los escritorios, las cosas relacionadas con la muerte, los álbumes de recuerdos y las reliquias nómadas. Para hablar sobre los libros se refiere a aquellos objetos reales que las rodeaban, pero también a la presencia de la lectura en las novelas de una de ellas.

Nos dice: "En muchas de sus novelas, Charlotte, Emily y Anne describen a sus personajes leyendo o fingiendo



Emma Mackey interpreta a la escritora en la cinta *Emily*, de Frances O'Connor (2022).

Fuente: imdb.com

leer, como una forma de escapar de situaciones difíciles o de hogares asfixiantes [...] Las mujeres suelen llorar sobre los libros u ocultas tras ellos, y las páginas absorben las lágrimas". Y es que elaborarlos manualmente, en el hogar de los Brontë, llegó a tiempo para ayudarlos a sobrellevar la pena por la muerte de Maria y Elizabeth. O como señala el texto de Lutz: "Poco después de que fallecieran las hermanas, el resto de los Brontë comenzaron a obsesionarse con la confección de libros. Según los biógrafos de los Brontë, fabricar aquellos volúmenes diminutos probablemente les sirviera de consuelo. Los libritos y las tramas que se desarrollaban en ellos se multiplicaban y llenaban la ausencia con páginas de tinta, con mundos repletos de gente".

Me molesta a veces lo que proyectamos en las raras. Lo que tratamos de leer en quienes no podemos entender, en vez de simplemente aceptar no comprenderlas y perdernos en sus libros. A la única Emily a la que podemos tener acceso es a la que se desprende de sus páginas. Las pocas que dejó. A veces imagino que hay frases suyas en los libros de Charlotte. Con malicia fantaseo con que es de ella ese momento del "Reader, I married him", de *Jane Eyre*. Parece una idea venida de otra galaxia, de otra forma de ver el mundo. Una osadía que a ratos desentona del resto de lo que cuenta Charlotte. Quizás los libros de Anne también las llevan. Y es lindo pensar en esas obras como la continuación de un diálogo entre ellas. Hermanas contándose historias para siempre; que se leen y publican juntas, cuyos ambientes se hacen ecos unos de otros.

Una historia de hermanas es una historia de amor, pero los personajes de las hermanas Brontë están siempre tan solos. *Jane Eyre*, despreciada por sus primos; Catherine Earnshaw, altiva y terrible; Heathcliff, huérfano. Familias prestadas que tampoco dan el ancho.

EMILY BRONTË ES UNA FIGURA rara en el panteón de escritoras. Murió muy joven. Se sabe tan poco de ella. No quiero domesticarla en este ensayo. Me interesa rastrear la fascinación que ha generado, los espacios que ha abierto a la imaginación. Esa novela que es como el mejor de los regalos porque nunca sabemos qué nos trae realmente.

Una casa que esconde fantasmas y quizás un corazón.

Decía Charlotte de sus hermanas, que escribían "desde el impulso de la naturaleza y los dictados de la intuición". En casa las hacían hablar con una máscara para que pudieran decir lo que pensaban con franqueza (en la película, esto es retratado como un contacto con lo sobrenatural, una forma de conectarse con la ya madre muerta). Es inevitable pensar que esa máscara es después reemplazada por los seudónimos: algo que les permite tener acceso a un mundo deseado, pero las distancia al mismo tiempo. Y las protege, quizás.

La imaginación de la autora que fue desdeñada por los críticos de su época es única. Sublime, violenta, profundamente bella. Su novela es desafiante. En uno de los ensayos que escribió en Bruselas, Emily dice que la naturaleza es inexplicable y que vive según un principio de continua destrucción. Tal vez así nos asomamos a esas cumbres que son, a la vez, abismos. Estamos arriba, sí, pero para mirar, temblando, hacia lo hondo y con la posibilidad de una caída inminente.

"Más fuerte que un hombre, más simple que un niño", así la describía su hermana Charlotte. Si bien hay muchos que creen que su libro es una de las más grandes historias de amor, hay muchos que en cambio la han bautizado como una gran historia de odio. Quizás eso es lo que más sorprende a quien cree que sabe de qué va la trama. Esa violencia, ese recibimiento feroz a Lockwood. Un Lockwood que desaparece de versiones cinematográficas, error que hace olvidar a los espectadores que estos personajes, Catherine, Heathcliff, nunca nos dejan entrar. No realmente. Viven en las palabras y recuerdos de los demás. Ellos (Nelly Dean, Lockwood) son los médiums de estos particulares fantasmas.

Emily amaba a los animales. Durante sus caminatas, rescataba a los que encontraba heridos. Su relación con la naturaleza era también inexplicable y profunda. No calzaba en la vida que se supone debía vivir y ese desajuste se ve en cada página que escribió. Admirémosla y leámosla desde ese extrañamiento, desde ese saber que, si bien nos deleita con lo que Nelly Dean pueda contarnos, hay algo secreto e incandescentemente hermoso, que nunca podremos develar. ▣

MARÍA JOSÉ NAVIA (Santiago de Chile, 1982) es escritora y académica de la Universidad Católica de Chile. Sus libros más recientes son la novela *Kintsugi* (publicada en México por Polilla, 2022) y la colección de cuentos *Todo lo que aprendimos de las películas* (2023).

Mientras Laura Itzel Domart escribe, un mundo se extingue. Ella lo sabe: esa realidad está entre las preocupaciones de su poesía. La pregunta por la naturaleza nunca es por lo circundante, sino por la destrucción que unos seres, entre tantos otros, hemos prefigurado. En estos "Planos de una guerra" devenimos sus espectadores, aunque a veces olvidemos que estamos en ella. En "Meditación sobre las muertes ajenas" se deja ver un ave muerta, un glaciar desprendido. Aparece un gesto trágico: como todo lo que termina, lo monstruoso también nos embelesa.

"PLANOS DE UNA GUERRA" Y "MEDITACIÓN..."

LAURA ITZEL DOMART
@ItzelDomart

PLANOS DE UNA GUERRA

Gran plano general

En el campo de guerra
cabén todos los cuerpos del mundo,
de insectos, osos, pájaros y,
por si fuera poco,
mujeres y hombres.

Plano general

La guerra es grande y cabe
en el monitor en el que escribo.
Hombres y mujeres sin detalle.
Hombres y mujeres, al fin y al cabo.

Plano de conjunto

La guerra cabe en la mano
que está justo en la periferia
y en la pierna que ha quedado en el asfalto.
Ambas, como dos _____ que se amaron
antes de ser fragmento.

Plano vertical

La guerra cabe,
siempre,
en los hombres y mujeres
que dicen la palabra *guerra*
sin saber que están en ella.

*

MEDITACIÓN SOBRE LAS MUERTES AJENAS

Hay quienes no tienen tiempo de meditar sobre su muerte
y la tristeza se les pega en los pliegues de la ropa,
como una tubería que se rompe detrás de un muro,
como un cuerpo que se convierte en ese muro con grietas.

Pero también hay quienes meditan sobre la
[muerte futura,
porque saben que están abandonando el mundo
cada que tratan de evitar la acumulación de nieve
a un costado de sus puertas,
tanta soledad detrás del cuerpo.

I.

Mariana trajo un colibrí muerto
y lloró por los anuncios de todo lo que acaba.

No supimos cómo murió,
pero lo imaginamos persiguiéndose en el reflejo,
en el sucio color de las ventanas,
en la espuma de las partículas transversales.

Y luego,
el final de todo lo que cae de golpe,
el *¡crash!* ante el asfalto,
aunque la palabra asfalto sea mansa,
como la delgadez de un ave,
y no alcance nunca a contener la muerte.

II.

Una palabra tirada a mitad de una calle,
no es otra cosa que una mariposa a punto de morir.

Tenía el ala reventada
y seguía siendo bella.
Quizá brutalmente bella,
como los glaciares que se desprenden
y quedan flotando en los piélagos.
Son hermosos entre la vastedad del blanco
y también se anuncian en la ojera,
como quien no tiene tiempo de meditar
[sobre su muerte. ▣

LAURA ITZEL DOMART (Ciudad de México, 1992), periodista y escritora, ha publicado poemas en *La necesidad de las truchas* (UNAM, 2016) y cuentos en *Equipaje para terminar el invierno* (UNAM, 2018). Explora la relación del ser humano con la naturaleza.

Apostar por cada una de las voces nuevas de la literatura puede sonar a fraude ocioso o a buena voluntad sin sustento. Todo lo contrario ofrecen estas páginas, en las que Guillermo Fadanelli disecciona con rigor libros de cinco escritores menores de 40 años, que presumen una solidez audaz, sin cortapisas. Se trata de dos mujeres y tres hombres, que abordan narrativa y ensayo; más allá de que la mayoría sean oaxaqueños, no los une su edad ni el lugar de procedencia, sino lo abrumador de los diversos mundos que construyen a través de las palabras.

Cuatro de Oaxaca, uno de Chiapas CINCO AUTORES

JÓVENES RELEVANTES

GUILLERMO FADANELLI

@GFadanelli

El recorrido que hacemos a lo largo de la vida nos conduce a una duda insalvable: cuántos de nosotros o conjunto de *yo*s se cobijaron a la sombra de nuestro nombre o de una pila de libros. ¿Cuántos Borges se anidaban en aquel anciano que vimos disertar mirando hacia una lontananza imaginaria? El cambio reposa como un paquidermo imperturbable: sólo el cambio posee un centro de gravedad, aunque éste sea ilocalizable. Aparentamos haber tenido una vida desgraciada o hermosa a costa de un pasado que en su afán de sobrevivir en la memoria se convierte en un misterio que uno intenta desentrañar a cada momento. Nada más inútil que preguntarnos quiénes fuimos o seremos: la barca que lleva nuestro nombre asila a varios pasajeros.

Si se piensa en un escritor o escritora jóvenes uno piensa en quien todavía no posee la experiencia suficiente, o que no ha recorrido el camino que le dará verdadera gravedad a su obra. Supongo que dar crédito a una idea semejante se aproxima peligrosamente al disparate. La literatura no se relaciona amablemente con la edad de quien se refugia en la escritura, pero sabe o es capaz de reconocer el talento del que se alimenta. Los animales reconocen a su presa apenas la presienten. La juventud es una definición que en las letras se devela relativa: la muerte nos acecha sonriente porque sabe que el movimiento nos disolverá a cualquier edad o fortaleza. Cada niño lleva un viejo en sus brazos, un viejo que anhela caminar sobre sus propios pasos.

MÁS ALLÁ DE ESTA BREVE introducción he querido escribir un bosquejo o una somera sospecha de cinco escritores que la atribulada comunidad literaria considera *jóvenes*, puesto que no hace muchos años rebasaron la treintena de años o caminan sin prisa aparente hacia la cuarta década de respirar entre nosotros. Comparto la apreciación de un lector que se considera atento a los fraudes comunes en las artes, pero también a esas voces singulares que todavía hacen de la literatura un estímulo vital. A excepción de uno, Mikel Ruiz —que es chiapaneco—, el resto nació en Oaxaca. ¿Es importante nombrar la tierra donde han crecido? La finalidad de esta breve semblanza no es relacionarlos a través de sus raíces a pesar de que, como suele suceder con la edad, la sagacidad de la

escritura no depende absolutamente de un árbol genealógico, del clima o la gastronomía. No estoy escribiendo de príncipes o duquesas, ni tampoco de bisutería artesanal, sino solamente de escritores relevantes o artistas a los que conozco personalmente, sea leyendo sus obras y conversando con ellos como lo hacen los escritores entre sí: desconfiados y alertas, dispuestos e inconformes.

Quizás a todos ellos los una el desgarbo de la intimidad, la pasión por la lectura, mas sobre todo el hecho de que nos traen noticias de universos narrativos poco comunes. Perla Muñoz ha escrito un libro de relatos que, de inmediato, me hizo pensar en Inés Arredondo, pero pleno de una fuerza devastadora que nace de la extrañeza del haber nacido. En *Desquicios* (Editorial Avispero, 2017) me ha sucedido lo que, me parece, tendría que hacer cualquier libro abrumador: convertirme en testigo de su aventura dramática, no sólo en intérprete que acomoda las letras según su vestimenta.

En "Niebla", relato que abre el libro, dos niños hablan entre sí, murmuran y gruñen, cuentan historias que son sensaciones: "Ella le cuenta sobre la ciudad: un lugar que es el estornudo más largo y peligroso de Dios". Su madre, una mujer que recién ha dejado atrás los 20 años, obnubilada y espectral, "Lamía sus espinas y luego lloraba de felicidad". Es posible que la literatura legítima sea la que no nos remite a su naturaleza, no se vende a sí misma como un apartado del espíritu o una mecánica que posee ciertas finalidades, sino que se presenta como olvido, como una voz que procede de un espacio remoto, cruel y perturbador, así la furia sosegada de Perla Muñoz. Atentos a la vocinglería del mercado, al chismorreo de los muertos no logramos leer y atender a las voces literarias más audaces: no lo necesitan porque, es evidente, se encuentran ya *en sí* plenas de *ser*.

.....
“LOS UNE EL DESGARBO DE LA INTIMIDAD, LA PASIÓN POR LA LECTURA; TRAEN NOTICIAS DE UNIVERSOS NARRATIVOS POCO COMUNES”.



Perla Muñoz (1992).

“¿ALGUIEN QUE TE HABITA brevemente, apenas un segundo, puede existir en ti eternamente?”. Se lo pregunta Ka, persona o sombra de *Caballo fantasma* (Almadía, 2020), la novela de Karina Sosa, historia de una soledad o de una pausa sideral. No se trata, hecho más que confortable, de un diario íntimo o de una bitácora de ocurrencias sentimentales como se acostumbra hoy en una extensa región de la literatura. Cuando en una novela se cita o alude a un escritor o la línea de alguno de sus libros se invita a un cómplice, se da lugar a un aforismo o a una luz pasajera. En el libro de Karina acontece además que las voces permanentes de sus lecturas y su legítima atracción por la literatura no son impostadas, pero sí fieles a la infelicidad de su alegría mesurada; Macedonio Fernández, Marina Tsvietáieva, Robert Musil han ocupado una habitación en la memoria de Karina. “Un caballo puede llevar encima la melancolía de un hombre”, le ha dictado una ensoñación, una voz disimulada y, sin embargo, bien fundada; el libro, sutil y tan cuidado como un hermoso jardín o una celda impecable, culmina confesando a través de un verso del poeta Antonio Gamoneda: “Pienso en el día en que los caballos aprendieron a llorar”.

“¿Qué los indígenas hablan y piensan en plural? Invención de antropólogos. Yo soy de Chamula y pienso en singular”. Leo el manifiesto anterior en *La ira de los murciélagos*

Fuente: imparcialoaxaca.mx



(Camelot America, 2012), libro de Mikel Ruiz, escritor chiapaneco que se aposentó en el castellano después de habitar desde su nacimiento la lengua tzotzil. Cuando la violencia entra en la palabra no se amilana o se convierte en conjuro: más bien conmueve hasta los huesos mismos. Cuando la ficción queda sepultada bajo los horrores de la vida cotidiana, las armas, la crueldad de los grupos delictivos, entonces busca desaparecer como arte y transformarse en documento, testimonio o crónica de la maldad. La obra de Mikel hace que la ficción sea peligrosa, característica que yo demando al arte que no es pasajero y desconoce la pausa porque, en cualquier momento, la batalla despierta. Un narcotraficante tenebroso y criminal se relaciona con un escritor que hace de la literatura remanso efímero, duda y también enfrentamiento entre la lengua indígena y la escritura en castellano. La literatura no es para él pasatiempo, sino un mundo menos violento al que lo condenan los caciques criminales de las comunidades que, sólo en la mente de un ser cándido, viven en paz conservando tradiciones y justicia. Un joven escritor chamula se enfrenta al hecho de que el hampa de su pueblo lo vuelve viejo. Acude a la lectura de obras de Ibarra Güengoa, Mary Shelley, B. Traven, incluso Ricardo Pozas, ¿pero quién alivia el destino de un escritor al que humilla el asedio de los matones? Un escritor que, lo escribe Ruiz, le teme al lenguaje porque lo respeta y le devuelve la vitalidad siempre extraviada. Ese temor ha creado hoy a un escritor de primera línea.

ALEJANDRO BETETA ES un hallazgo inesperado, además de que las obsesiones sombrías de los pensadores que atraen su atención (Schopenhauer, Nietzsche, Robert Walser y E. M. Cioran) se hallan en esta obra claramente expresadas. El libro se titula *Cuatro maestros del abismo* (Editorial Avispero, 2021) y lo que sorprende es que en el actual bullir de la anécdota fútil, de la historia interesante o la novedad, haga su aparición un volumen escrito desde la lectura y la apreciación personal, mas sin ausencia de erudición sumada al juicio del autor a quien perturba la escritura, el pensar y la vida de estos cuatro hombres que son ya parte de una convulsiva historia de las ideas y de la literatura. En el ensayo dedicado a Schopenhauer, Beteta escribe que sería injusto condenar a un hombre por los prejuicios de su época, las disensiones de sus adversarios o los panegíricos de sus amigos o lectores. Y en su ensayo acerca de Walser comienza advirtiendo que “nuestras más elaboradas máscaras

están relacionadas con nuestros miedos más profundos”.

Acierta en ambas citas: a menudo soy testigo de escritores y artistas sepultados no solamente por los prejuicios de la época, sino también a manos del minucioso trabajo de la ignorancia. Por otra parte, la máscara es el único rostro verdadero, en cuanto no nos permite fingir o engañar a quienes la desnudez de sus gestos tarde o temprano traiciona. Beteta no miente en cuanto a sus lecturas; su escritura es sencilla porque proviene de una reflexión y de la gravedad de la lectura. Los pensadores que retrata y auscultamos son conocidos: el pesimismo de Schopenhauer que lleva hasta sus últimas consecuencias a partir de las premisas de Kant; el pudor, la soledad, el exilio y la observación inesperada de Robert Walser; la alegría creadora que desde la disolución de los prejuicios morales emprende Nietzsche vía su bella escritura; la amargura resignada que practicó E. M. Cioran. Lo poco común es que los cuatro ensayos que conforman este libro y que entrelazan la vida y obra de cada autor hayan sido concebidos por la malicia y el saber de un joven nacido en 1990 en Oaxaca, tierra de José Vasconcelos.

Descubro en un poema de Thomas Bernhard: “De noche soy más pobre que una rata / Todos me han olvidado, / Pero veo la mesa / Y el vino que beberé”. El escritor austriaco, esa luz negra, es uno de los seis escritores que nos relata en su libro, *El siglo solitario*, el escritor oaxaqueño Guillermo Santos. Una época que, como el mismo Bernhard sugiere, encarna en el gradual desvanecimiento de la luz. El siglo XX y sus escritores y pensadores más perspicaces nos mostraron el lado bestial de los seres humanos, la comedia de las instituciones, el

apogeo de la muerte, la paradoja de la libertad y el suicidio intelectual de los herederos del humanismo. *El siglo solitario* (Zopilote Rey, 2021) es un título sostenido por las ideologías de la centuria pasada: sus utopías y deseos de progreso compartido fracasaron, sus pensadores menos ingenuos vivieron y lo describieron abiertamente. Así, Guillermo Santos relata el deseo de Imre Kertész de vivir fuera de la historia; en un campo de concentración nazi el escritor húngaro descubre la felicidad de lo insólito, de la podredumbre humana y del martirio vivido en su terreno natural. El campo de concentración tiene que ser vivido como una mentira, no como realidad, escribe Kertész; no podría ser de otra manera, pues aquellas ergástulas de la barbarie son insostenibles incluso para la más distraída imaginación. Aunque W. G. Sebald es, me parece, otra clase de escritor, edifica un mundo simultáneo, el espacio de la minucia cotidiana, de la memoria personal y de la destreza erudita: en *El siglo solitario* sobresale una precisa y devastadora cita del autor alemán: “Todo conocimiento está rodeado de una oscuridad impenetrable. Lo que percibimos no son sino luces aisladas en el abismo de la ignorancia”. Un escritor y una filósofa y mística culminan estos ensayos escritos con la claridad de quien comprende y troca la pasión por la sabiduría meditabunda: Ernst Jünger y Simone Weil.

PIENSO QUE RESULTARÁ comprensible que en este espacio no haya profundizado mayormente en los autores expuestos. A pesar de esta limitación no quiero dejar de insistir en que la tierra natal, la edad o el prejuicio de la ignorancia no han impedido a estos cinco escritores sobresalir en el nublado horizonte de nuestra cultura contemporánea. La estricta supremacía de la imagen sobre el universo complejo de la buena literatura, aunada a la escritura vagabunda y frívola de la mayoría de las recientes voces, creadas por el analfabetismo, la tecnología tiránica y un mercado sostenido en los negocios editoriales, todo ello representa un obstáculo para el aquilatamiento de lo que es novedad y no sólo *avidez de novedades*.

Si el siglo pasado fue una centuria solitaria, el actual es el de la confusión y de la conclusión de un equívoco: fabricar un Frankenstein a partir de la tecnología, la ética mercantil, la ocurrencia multiplicada y la ausencia de una crítica profunda. Añado un comentario: la escritura de los autores descritos en estas páginas no podría ser más diversa: es la soledad y la desesperación la que recorre sus páginas. **■**



Mikel Ruiz (1985).

Fuente: Library of Congress

Cuando la lucha libre fue televisada en México, a mediados del siglo XX, adquirió la fuerza indispensable para convertirse en un género cinematográfico que atrajo masas: ahí están las películas de El Santo, Blue Demon, Mil Máscaras y Dos Caras, entre otros. El fenómeno duró poco más de tres décadas, si bien tuvo resultados desiguales y, a veces, lamentables. Ricardo Guzmán Wolffer plantea cinco razones sobre por qué la nueva generación de enmascarados, a partir de los años 80, no logró la misma penetración popular y más bien devino autoparodia.

LOS LUCHADORES QUE PERDIMOS

RICARDO GUZMÁN WOLFFER

A Dan, Pepe y Rafa

Vemos con añoranza las películas de luchadores, en parte por remitirnos a la propia infancia, cuando la ausencia de las redes sociales privilegiaba otros entretenimientos, y en parte por recordarnos la propia inocencia que disfrutaba las tramas más dispares en lengua nacional. Además, fue una tabla de salvación para la industria mexicana. Pero todo por servir se acaba.

EL FENÓMENO ARTÍSTICO (creativo y de consumo) llega a la universalidad a partir de la individualidad. La fama televisiva de la lucha libre facilitó su llegada al cine, donde el personaje central es un luchador y, además de la siempre desternillada trama, lo vemos luchar en un *ring*. Para los enmascarados con pasado estético prehispánico y medieval se buscaron temáticas familiares con todo y autos deportivos de por medio, más una tecnología mexicanizada. Por ejemplo, en *Arañas infernales* (Federico Curiel, 1966), la nave extraterrestre se maneja con pelotas de plástico atravesadas por hilos verticales que permiten al maligno bicho de otro mundo venir a comerse al entonces Distrito Federal.

Si bien el cine mexicano de luchadores inicia con *No me defiendas, compadre* (Gilberto Martínez Solares, 1949), su época de oro va de los años 50 a los 80, con *La bestia magnífica* (Chano Urueta, 1952), donde Miroslava y Wolf Ruvinskis se acompañan de luchadores importantes. Da sus últimos coletazos con Mil Máscaras y su hermano Dos Caras en *La verdad de la lucha* (Federico Durán, 1982). Mil Máscaras hizo otras películas, pero ya sin el alcance de ésta, donde se habla de apuestas arregladas, abusos patronales y esquirols sindicales. Cosas del pasado.

Muchos intentos posteriores jamás lograron proyectar a sus intérpretes a las alturas de los enmascarados iniciales: El Santo, Blue Demon, Mil Máscaras y Huracán Ramírez. Algunos factores incidieron en ello:

UNO. El retiro cinematográfico de El Santo y Blue Demon, más su posterior fallecimiento (1984 y 2000, respectivamente). Ningún luchador profesional pudo igualarlos en pantalla, en parte por no tener el significado profundo de esos personaje (el bien y el mal encarnados; más universal, imposible). Otros nombres estuvieron presentes en esa época (Tinieblas, Mil Máscaras y Huracán Ramírez),

con películas exitosas, pero sin la proyección de los primeros. Los vástagos no continuaron el legado. El Hijo del Santo nunca logró quitarse la sombra del padre, al menos en cine. Blue Demon Jr. apenas intentó entrar al mundo de las películas. Tinieblas Jr. no lo hizo y Mil Máscaras, por ahora, sigue sin presentar a un sucesor.

DOS. La ausencia de realizadores cinematográficos con logros importantes por fuera del género, que apostarían por los enmascarados, junto con la falta de figuras que lograran el mismo arraigo en los espectadores. Todo se aunó al cambio generacional del público, interesado en temas más crudos, lejos de lo sobrenatural paródico o de la fantasía científica.

TRES. La pérdida del monopolio mediático del Consejo Mundial de Lucha Libre, propietario de la Arena Coliseo y de la México, al surgir otras empresas. La Asociación de "luchadores independientes" (ajenos al CMLL) hizo del Toreo de Cuatro Caminos y el Palacio de los Deportes recintos rivales de la Arena México; muchas veces sus funciones resultaron más atractivas. En el Palacio, El Santo apostó su máscara por última vez. Su contrario, Bobby Lee, primero perdió la máscara y luego la cabellera ante un Palacio lleno a reventar. Hubo sobreventa y el público esperó

“MUCHOS INTENTOS POSTERIORES JAMÁS LOGRARON PROYECTAR A SUS INTÉRPRETES A LAS ALTURAS DE LOS ENMASCARADOS INICIALES”.

parado toda la función, ocupando escaleras y pasillos, para aullar eufórico el inolvidable grito de apoyo al Santo.

CUATRO. La falta de éxito en taquilla de las películas hechas por otros profesionales. Las arenas se llenaban con carteles encabezados por gladiadores de las distintas empresas, que hasta la fecha son favoritos del público, pero no lograron levantar la taquilla.

CINCO. El añadido de personajes populares. Se diluyó la eficacia de los filmes porque si los argumentos apenas resistían una continuidad tolerable, juntar a los tapados con Capulina, Mantequilla Nápoles, Johnny Laboriel (a quien le doblaron la voz), el fisicoculturista Sergio Oliva y una larga serie de acinturadas mujeres fue demasiado. Los monstruos importados (Frankenstein, Drácula y acompañantes) divertían por malhechos, mientras los locales apenas funcionaban (La Llorona). A esto se añadieron las películas hechas en otros países de habla hispana, con posibilidades de producción menores (así también, los resultados).

LA TEMÁTICA BUSCÓ acomodo en el cine autoparódico, como *La leyenda de una máscara* (José Buil, 1989), que terminó por ser un filme aislado, entre referencias en filmes mexicanos y extranjeros. Hoy ese cine se refugia en el documental. El cortometraje reciente *Huracán Ramírez vs La Piñata Enchilada*, publicitado sobre todo porque fue filmado con un iPhone 14 Pro, califica más como una publicidad inteligente que como reminiscencia del cine luchístico.

Quizás un día el género reviva. El turismo internacional tiene rutas para visitar las arenas capitalinas, las películas se siguen exhibiendo con éxito (la nostalgia y lo *kitsch*, ni modo), mientras las injusticias sociales, políticas y culturales continúan. De criminales mejor ni hablamos, sobran. Urgen justicieros medianamente convincentes. Aunque estén en la pantalla. 📺



La bestia magnífica, de Chano Urueta (1952).

LA HISTORIA ES CÍCLICA. Y la historia en *Los Simpsons* lo es todavía más. Así como Ayudante de Santa llegó a la familia amarilla una nochebuena, el pasado 24 de diciembre apareció Jersey.

SEMANAS ATRÁS HABÍA LEÍDO *El parche caliente*, de Fabián Casas. Uno de los protagonistas de la novela es un perro. De raza jersey. Un linaje que sólo existe en la ficción de Casas. Un invento del autor para explicar esta casta de espécimen único, que tiene la capacidad de desdoblarse como si de un nahual se tratara.

El 24, mis vecinos de las Zombie Burgers prendieron el asador y bajé a tomar unas cervezas con ellos. En algún punto de la tarde se acercó un cachorro atraído por el olor de las costillas. Le dimos unos pedazos de carne pero se resistía a comer. Lucía hambriento. Diez minutos más tarde tuvo la confianza para devorarse todo. Pero rehuía todo contacto. Si te le aproximabas se ponía a temblar.

La tarde avanzaba y el cachorro se echó a varios metros. Por mi calle pasan cientos de perros callejeros todos los días. Como racimos de una fiesta a la que uno no es convidado. Detrás de una perra en celo o simplemente como pasajeros y verdaderos dueños de la calle. Yo los observo desde mi ventana. Los escucho pelear de madrugada. Se han sorprendido con los faros de mi coche cuando están en gavilla.

Siento una profunda admiración por ellos. Estos guerreros que se la rifan día a día para sobrevivir. Soy testigo de sus andanzas. Yo mismo he hecho los mismos pasos. He recorrido la noche sediento. He sido sorprendido también por las luces de una torreta. Y he corrido a esconderme como cualquier prófugo. Los admiro a la distancia. Me he mantenido aparte. Sin embargo, el 24 sufrí una revelación.

El cachorro echado a nuestro lado era Jersey. El perro de la novela de Casas. El perro que en la historia reencarna en un muchacho ahora había salido del libro y estaba esperándome. Mi primer impulso fue ponerlo en resguardo. Por las fiestas, los albergues se niegan a recibir animales. Y para ello además hay que seguir un protocolo que no estaría disponible hasta el martes 26. Lo trepé al carro y lo llevé al patio de la casa de mi hija. Le improvisaron una cama y se quedó dormido. En sus ojos se advertía que la había pasado mal.

Durante la cena no pude apartar mi pensamiento del perro. Acudían a mi cabeza las imágenes de la novela



Cortesía del autor

**“EL CACHORRO ECHADO
A NUESTRO LADO ERA JERSEY.
EL PERRO DE LA NOVELA
DE FABIÁN CASAS”.**

de Casas. Y cada vez me convencía más de que ese cachorro era aquel mismo perro. Ese animal extraviado había recorrido la geografía para postrarse en Torreón. A lo largo del 25 de diciembre vi desfilar otros perros callejeros. Demasiados. Pero ninguno me produjo la misma sensación. Ninguno era Jersey. Jersey estaba en un patio reponiéndose de los peligros de sus andanzas.

EL 26 PASARON POR ÉL los de la veterinaria para practicarle el protocolo. A las 11 de la mañana se lo llevaron. Durante todo el día mi hija y yo lo esperamos con ansias. Tardaron muchas horas en devolverlo. A las seis de la tarde por fin apareció bañado, con las uñas cortadas, desparasitado y vacunado. Tenía miedo. Imagino que cada vez que me le acercaba, el pobre pensaba que lo iba a volver a inyectar.

Mientras íbamos subiendo en el elevador hacia el departamento, tuve la certeza de que no sería capaz de ponerlo en adopción. Y pensé en *El parche caliente*. Los libros traen regalos inesperados. Sin la lectura de esa novela es improbable que yo recogiera a ese cachorro. Que ahora lleva el nombre de esa raza inventada, Jersey. Los libros me lo han dado todo. Y no me han quitado nada. Ahora una novela puso a este cachorro en mi camino. Para mí entonces es también un libro. Uno que he comenzado a leer. Con aventuras por descubrir.

Este perro es también un indio. Un raquelito. Un criollo al que darle un hogar fue posible gracias a un libro. El libro como casa. Su casa y la mía. Ser perrero es algo que estaba escrito que sucedería al entrar en contacto con el libro de Casas. Estoy seguro de que lo que me ocurrió a mí le sucederá a otras personas que lean *El parche caliente*. Además de ser uno de los mejores libros que he leído en los últimos años, esa novela es también un artefacto que te manda un hechizo: hay un perro en tu horizonte. El new Jersey. 🐾

RECUERDO QUE EL PRIMER DÍA de 2023 amanecí desvelada y con resaca. Apenas encendí la televisión, una vidente salió en la pantalla. Manoseando una bola de cristal con humo adentro leyó el horóscopo que predecía lo que iba a sucederme. Virgo, conocerás al amor de tu vida y experimentarás la locura de la pasión; viajarás a sitios lejanos donde renovarás tus energías para desarrollar nuevos proyectos; recibirás mucho dinero, honores y premios; cumplirás el sueño de saltar en paracaídas desde un avión supersónico; andarás en motocicleta por ciudades y carreteras; vendrá un cambio drástico de *look*. Nada de eso ocurrió, ni tampoco salió como yo lo hubiera querido. Las profecías se burlaron de mí.

EN LA CENA FAMILIAR, un tío me regaló una agenda, insistió en que ya era hora de planear mi futuro, ser más ordenada, madurar, plantearme objetivos reales. En la portada de la libreta aparecía *La gran ola*, de Hokusai, en colores brillantes, páginas con los meses y las semanas por venir. El pariente señaló varios renglones donde debía anotar mis propósitos, dijo que lo hiciera con seriedad, la única forma, según él, de obligar su cumplimiento. Basta comprometerme con algo para que nunca lo ejecute.

Planeé tres horas de lectura diaria. Ni uno solo de los 365 días pude concentrarme por más de 20 minutos seguidos, sólo logré terminar a mi ritmo los libros que me interesaban. Tomé por internet un curso de cocina



Cortesía de la autora

**“NADA DE ESO OCURRIÓ,
NI TAMPOCO SALIÓ COMO YO
LO HUBIERA QUERIDO. LAS
PROFECÍAS SE BURLARON DE MÍ”.**

vegetariana, pero no dejé de comer jamón serrano y asados argentinos. No me hice el *check up* que el doctor me recomendó para descartar enfermedades venéreas o fatales. No pude empezar la novela que había quedado de entregar al editor, las tardes destinadas a la escritura se vieron interrumpidas por mi vicio de procrastinar lo importante y pasar el tiempo subiendo *selfies* a Instagram y ver videos bobos en TikTok. Bebí vino en exceso, comí chocolates, helados y pan dulce, no bajé de peso ni de medidas. El clóset quedó igual, desordenado; el coche sigue abollado.

El primer día de enero del 2024 no prometí nada, no juré ser una mejor persona ni más sana. Me propongo no hacer propósitos, dejar que la vida fluya y que el azar marque el rumbo de mi destino. Mi único deseo, querido lector, es que para siempre me sigas leyendo con la fuerza de los astros y la venia del periódico en el que escribo.

.....
*¿Quieres deshacer una vida conmigo? 🐾

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
**CARLOS
VELÁZQUEZ**

@Charlyfornicio

JERSEY

OJOS DE PERRA AZUL

Por
**KARLA
ZÁRATE**

@espia_rusa

EL AÑO POR EL CAÑO

ESGRIMA

Por
**ALFREDO
PADILLA**
@_PadillaAlfredo

NAELA FLORES:
**MODA ES
RESIGNIFICAR
EL OBJETO**

“PARA MÍ ES
UN FENÓMENO
PSICOSOCIAL
QUE NOS
PERMITE DAR FE
DEL PASO DE LAS
ÉPOCAS Y SUS
CORRIENTES DE
PENSAMIENTO”.

Naela Flores (Guadalajara, México) es diseñadora de modas y además artista textil. Creció entre máquinas de coser, rollos de tela y mesas de corte, porque su padre trabajaba en la industria de la confección y su abuela ejerció como modista. Sus reflectores han sido el descubrimiento y la claridad de la importancia del vestido como vehículo de expresión en la era secular. Ha trabajado de forma independiente desde hace 20 años, en las áreas de diseño de accesorios y joyería, la indumentaria, la marroquinería (manufactura de artículos de piel), más el diseño de estampados a través de la transferencia de imágenes sobre tela, con técnicas digitales y artesanales. Se ha interesado en el reciclaje, la moda circular y la *reconceptualización* y manipulación del tejido. Su más reciente muestra, *My Doll Project*, consta de ocho piezas inspiradas en el trabajo del pintor surrealista Victor Brauner (1903-1966).

En entrevista para **El Cultural** hablamos acerca del concepto de *moda*, su contaminación y un futuro sostenible, así como el misterio que se revela en su trabajo.

¿Es cierto, como decía Jean Cocteau, que la moda muere joven?

La moda jamás podría ser rancia y vieja, su nacimiento en términos contraculturales en plena Edad Media contravenía las imposiciones sobre las formas del vestir, así que en realidad no muere nunca, sólo se transforma, se reescribe, se renueva.

Me parece que esta disciplina comienza y termina siempre por las dos cosas que aborrece: la singularidad y la vulgaridad. ¿Estás de acuerdo?

No estoy segura. Es cierto que el nacimiento de la moda en el mundo occidental es un fenómeno que deviene de la búsqueda, de la decisión y el puro deseo humano por distinguirse los unos de los otros. Como fenómeno global en el mundo de hoy absurdamente terminó convirtiéndose en una suerte de adoctrinamiento a las formas de vestir. Entre esa multitud de propuestas encontramos algunas que son más que vulgares, a pesar de que en su origen eso jamás hubiera sido bien visto ni mucho menos aceptado. Lo que reina es una suerte de confusión porque usamos una sola palabra, *moda*, para denominar algo que en realidad es muchas cosas distintas.

Después de todo, ¿qué es en realidad?

La moda es lo que se repite, ese fenómeno en el que una manera de vestir es adoptada de tal forma que se extiende a una mayoría. Para mí es y será siempre un fenómeno psicosocial que nos permite dar fe del paso de las épocas y sus corrientes de pensamiento y sus preocupaciones, o mejor aún, dirán algunos en la actualidad, las *despreocupaciones*. Es al mismo tiempo un poderoso mecanismo de comunicación que está rigurosamente sujeto al *ser*.

Coco Chanel decía que la moda no existe sólo en los vestidos. Está en el cielo, en la calle; tiene que ver con ideas, con la forma en que vivimos. Me parece que tu óptica tiene que ver con ese sentido de trascendencia. Veo en tus piezas una estética y un arrebato casi religiosos, la hagiografía de los santos y la riqueza del arte sacro. Háblame de esta imaginación ferviente.

En los últimos años, mis diseños se han visto modificados por cosas que tienen que ver con una idea más profunda de lo que significa la construcción del vestido. Eso se mezcla con mi inquietud por encontrar la forma de exaltar las cualidades de los objetos, a través del uso de simbolismos que provienen de los conocimientos herméticos y religiosos por los que siempre he sentido una gran fascinación. Encontrar una suerte de lenguaje místico personal es en este momento una búsqueda importante para mí. El verdadero valor de los objetos radica en la carga de significados que pueden contener: el fervor proviene de esa relación que es sumamente íntima.



Fuente: facebook.com

Tanto en los gustos como en los juicios literarios, ¿la moda siempre tiene algo que ver?

Si te refieres a que infinidad de veces ésta es utilizada en el mundo para hacer referencia a ciertas cosas o valores entonces sí, siempre tiene y tendrá algo que ver.

¿Cuál es el camino hacia un futuro sostenible en cuanto a la moda?

Un solo camino no es posible. Desafortunadamente nos encontramos en un punto donde la problemática que genera la industria de la moda no es sólo medioambiental. También el tema de derechos humanos es un escándalo público, que con frecuencia aparece en los tabloides, pero de ahí no pasa; entre los países que producen prendas de vestir y los que reciben las mismas después de ser desechadas existe una cadena interminable de abuso en todas sus formas. Para mí, de modo más personal, es una cuestión de resignificar el objeto: cuando las *cosas* valen más por lo que significan que por lo que son, entonces entablamos una relación personal con ellas y surge un enaltecimiento de aquello que poseemos.

En la práctica considero que el camino más sensato es el que emprendes desde la individualidad, en el que haces conciencia sobre tu manera de consumir prendas, de qué materiales están hechas, dónde se producen y en qué condiciones. El mundo se convulsiona y parece no importarnos, un cambio en la colectividad no será posible sin hacer lo que nos toca: todo se mueve como producto de nuestras decisiones, no debemos olvidarlo.

¿Somos lo que vestimos?

Indudablemente. Vestir siempre ha sido y será una forma de lenguaje.

Cuéntame de la exposición My Doll Project, que presentaste en la Galería Sepia de Guadalajara. ¿La moda también es magia? ¿Qué se esconde detrás de las filigranas, los plisados, los pliegues, los trenzados y los estampados?

My Doll abrió la puerta al ejercicio de mi magia personal, quizá eso es lo que encuentro más significativo: el trabajo de la materialidad y el simbolismo que detona mi admiración por el trabajo de Brauner. La mística vista desde el objeto, que toma la forma de un muñeco y que al mismo tiempo está cargado de sus propios significados.

Creo que la moda concebida como diseño y el diseño como un acto de pensamiento profundo es mágico, nos toca, nos transforma. Para el creador, el que manipula la materialidad con una intención determinada sin importar de qué lugar provienen sus obsesiones, siempre culmina en un acto que va más allá de la mera producción de un objeto inanimado.

¿Cuál sería la declaración del buen vestido según Naela Flores?

El vestido como objeto da fe de un recorrido es un contenedor de información, un intercambio, refugio, hogar, bandera; es detonador de energía. Es lo que nosotros queremos que sea. 📍